



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Ocios de mi juventud



José Cadalso

JOSÉ CADALSO

OCIOS DE MI JUVENTUD



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

José Cadalso

Nació el 8 de octubre de 1741 en Cádiz, España. Fue oficial, escritor y poeta, cuya autodenominación fue «El Militar». Durante su destierro aragonés escribió su famosa obra *Ocios de mi juventud* (1781, 1782 y 1786), en la cual desarrolla las temáticas amorosa, filosófica, pastoril y demás.

Entre sus obras también destacan *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre* (1768), *Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu* (1770), *Los eruditos a la violeta* (1772), *Cartas marruecas* (1789) y *Noches lúgubres* (1789-1790), además de sus *Escritos autobiográficos y epistolado* (1979).

Falleció el 26 de febrero de 1782 en San Roque, España.

Ocios de mi juventud

José Cadalso

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

OCIOS DE MI JUVENTUD

Letrilla sincera

El rayo severo
que Jove vibró
celebrele Homero,
que no lo haré yo.

La sátira fiera
que Persio escribió
cultive el que quiera,
que no lo haré yo.

Ercilla con arte
que él mismo probó
celebre a su Marte,
que no lo haré yo.

Del mar que el troyano
aumentó,
escriba el mantuano,
que no lo haré yo.

Pero del dios ciego
que Venus parió,
callen todos luego,
que bastaré yo.

*Al mismo asunto en metro diferente, declarando
su amor a Filis*

No canto de Numancia ni Sagunto
el alto nombre y la envidiable gloria
que ninguna nación tiene en su historia.

No elijo por asunto
el noble ardor del portugués famoso
que con el traje de infeliz villano
puso freno afrentoso
al grande orgullo del poder romano.

Ni de Pelayo canto las acciones
con que domó las bárbaras naciones
a España conducidas,

y en ella mantenidas
por codicia africana,
por venganza inhumana,
y porque estaba España deliciosa
sepultada en el lujo desidiosa.

Ni tocaré con numen elevado
la prudencia, virtud, valor y saña
del valiente extremeño,
que con glorioso empeño

al terreno envidiado
llevó las armas de la invicta España.
Ni canto a Carlos quinto, aquel guerrero
que prendió de la Francia al soberano,
venció al francés y castigó al germano,
y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
que en el mar de Lepanto,
con grande estrago y susto,
puso cadena al turco, al orbe espanto.
Ni de Álvaro Bazán, de quien ingleses
y turcos y franceses
conservarán impresa la memoria,
contando en cada acción una victoria.
Ni el brío más que humano
del Cid Díaz, soberbio castellano,
que con su lealtad, fuerza y prudencia
deteniendo la rueda a la fortuna,
las armas de su rey puso en Valencia
sobre la media luna.
Ni las hazañas y virtudes raras
de Córdoba, Navarros y Pescaras,
Carpíos, Verdugos, Vargas, Mondragones,
con la turba inmortal de otros varones,

nobles abuelos nuestros y soldados
en España nacidos,
en Italia y en Flandes conocidos,
y por el orbe entero respetados,
sin que la envidia de la gente extraña
pueda negar su gloria a nuestra España.
No fue a mi musa dado
con el horrendo son del bronce herido
cantar como sagrado
el guerrero rigor, grato al oído,
del que entre sangre, robo, raptó y furia
a la infeliz humanidad injuria.

Mi lira canta la ternura sola;
Apolo me la dio, Venus la templó,
y aun ella preludió mi dulce acento
que al céfiro paraba por el viento,
a las aves sacaba de sus nidos,
al hombre enajenaba sus sentidos;
a sus sonoras voces
se amansaban los brutos más feroces,
y las mismas deidades elevadas
quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,

familia docta del castalio coro.
Divinas nueve hermanas,
no os pido aquellas fuerzas soberanas
con que Homero cantó del griego armado,
y del cielo en dos bandos separados
las iras y el rencor. Musas, no os pido
el numen escogido
con que cantó Virgilio al pío Eneas,
por entre incendios y horrosas teas
sacando padres, dioses, hijo, esposa,
de Troya lastimosa;
venciendo vientos, mares y enemigos
hasta fundar a Roma.
Diverso vuelo toma
mi pluma, que al amor he dedicado.
Porque en metro mezclado
de gusto y de tristeza,
celebro de mi Filis la belleza,
y temiendo del hado los vaivenes,
canto su amor y lloro sus desdenes.

Fruto que deseo sacar de mis poesías

Horacio con sus versos aspiraba
de la inmortalidad a la alta cumbre;
en ellos fabricaba
mansión para su nombre, y discurría
que al tiempo vencería
y que la muchedumbre
de días y de meses y de edades
de las posteridades
sería con su nombre comparada;
lo que es la Tierra, de hombres habitada,
respecto de los astros que miramos
y de los que ignoramos
en esa inmensa esfera.

Pero mi musa, menos altanera,
sin aspirar a que sus poesías
sean doctos objetos
allá en lejanos días,
cuando vivan los hijos de mis nietos,
solamente desea
que en estas hojas mi consuelo vea

en el mar de la suerte en que navego,
cual pasajero ciego
y tímido, ignorante
del rumbo, de las costas y del viento,
y del mudable y bárbaro elemento,
temiendo a cada instante
hallar segura muerte,
sin que la aparte mi sollozo blando;
y no como el piloto osado y fuerte
que a los cuatro elementos va burlando,
porque las artes saben
del viento aleve y la ligera nave.

*Sobre ser la poesía un estudio frívolo y
convenirme aplicarme a otros más serios*

Se llegó a mí con el semblante adusto,
con estirada ceja y cuello erguido
(capaz de dar un peligroso susto
al tierno pecho del rapaz Cupido)
un animal de los que llaman sabios,
y de este modo abrió sus secos labios:

«No cantes más de amor. Desde este día
has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplicate a la gran Filosofía;
sea tu libro el corazón del hombre».
Fuese, dejando mi alma sorprendida
de la llegada, arenga y despedida.

Adiós, Filis, adiós. No más amores,
no más requiebros, gustos y dulzuras;
no más decirte halagos, darte flores;
no más mezclar los celos con ternuras;
no más cantar por monte, selva y prado
tu dulce nombre al eco enamorado.

No más llevarte flores escogidas,
ni de mis palomitas los hijuelos,
ni leche de mis vacas más queridas,
ni más jurarte mi constancia pura
por Venus, por mi fe, por tu hermosura.

No más pedirte que tu blanca diestra
en mi sombrero ponga el fino lazo
que en sus colores tu firmeza muestra,
que allí lo colocó tu airoso brazo;
no más entre los dos un albedrío,
tuyo mi corazón, el tuyo mío.

Filósofo he de ser; y tú que oíste
mis versos amorosos algún día,
oye sentencias con estilo triste
y lúgubres acentos, Filis mía,
y di si aquel que requebrarte sabe,
sabe también hablar en tono grave.

*Sonetos de una gravedad inaguantable,
excepto los finales de cada uno*

Sobre el poder del tiempo

Todo lo muda el tiempo, Filis mía,
todo cede al rigor de sus guadañas;
ya transforma los valles en montañas,
ya pone un campo donde un mar había.

Él muda en noche opaca el claro día,
en fábulas pueriles las hazañas,
alcázares soberbios en cabañas
y el juvenil ardor en vejez fría.

Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene al mar y viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.
De la timidez natural a los hombres

¡A cuánto susto el cielo te condena,
oh género mortal, flaco y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado
y tiemblan otros cuando Jove truena.

Otros si el eco del león resuena,
otros cuando el magnate está irritado,
otros cuando en la cárcel han pasado
días y noches tristes con cadena.

Yo solo discurrí no temblaría
al trueno, ni al león, ni al poderoso,
ni a la prisión, ni a todo el orbe entero.

Mas se engañó mi débil fantasía:
el rostro de mi Filis desdeñoso
me cubre de terror, temblando muero.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja
para lograr su objeto

Pierde tras el laurel su noble aliento
el héroe joven en la atroz milicia;
sepultase en el mar por su avaricia
el necio, que engañaron mar y viento.

Hace prisión su lúgubre aposento
el sabio por saber; y por codicia
el que al duro metal de la malicia
fio su corazón y su contento.

Por su cosecha sufre el sol ardiente
el labrador, y pasa noche y día
el cazador de su familia ausente.

Yo también llevaré con alegría
cuantos sustos el orbe me presente,
solo por agradarte, Filis mía.

A la fortuna

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
ciega deidad, al delicioso encanto
del son del torno de tu inestable rueda?

Si de algún triste el doloroso llanto
aparta el sabio de la atroz ruina,
¡qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina
al aéreo templo de la diosa fama,
y despreciar ejemplos determina.

Enciende la ambición su horrenda llama,
toca el clarín la gloria, el mundo suena,
y nuevas redes tu locura trama.

El alma débil de furor se llena,
segunda vez se entrega a tu mudanza,
que los gustos más gratos envenena.

También me guio un tiempo la esperanza,
monstruo a quien abortó tu devaneo,
y culpé tu rigor y tu tardanza.

¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo
en este pecho joven e inocente
que ya por fin desengañado veo!

¡Cuál crecía el incendio! ¡Qué imprudente
propuse levantar al firmamento
mi nombre, del ocaso al oriente!

El militar estruendo, el duro acento
del jefe que las tropas disponía,
el ronco son del bélico instrumento,

la clin del animal que Betis cría,
el brillo que el dorado Tajo presta
al fierro de Cantabria, patria mía,

la pólvora a las madres tan funesta,
con estrépito horrendo en los cañones,
que tantas vidas y sollozos cuesta,
y de la horrenda guerra las acciones,
me parecían glorias soberanas,
dignas de los que habitan las mansiones
del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
solo debían entonar loores
a las almas feroces e inhumanas.

Se llenaba mi pecho de furores
al leer de Curcio y de Solís la historia,
de Alejandro y Cortés aduladores.

Envidiaba a los dos la fiera gloria
de ver en Moctezuma y en Darío
caprichos de la suerte y la victoria.

Un héroe sabio y un monarca pío
me parecían indignos de su cuna;
su libro indigno del estudio mío.

Con gusto vi la bélica fortuna
del soberbio bretón, al lusitano
dar contra España audacia inoportuna;
y las melenas del león hispano
coronarse con lises, y a su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España
rodar el carro con horrible estruendo
y alzar la muerte su infeliz guadaña,

iba yo en mi memoria recorriendo
historias dignas de dolor y espanto
y mi alma con sus nombres complaciendo:

de Numancia, Sagunto y de Lepanto,
de Méjico, de Cuzco y de Pavía,
de San Quintín, de Almansa y Camposanto,
de Roncesvalles y tanto crudo día
que en nuestros fastos con orgullo se halla,
y lee la juventud con alegría.

Deseaba llegase la batalla
en que las tropas que la Lipe ordena
huyesen de Lisboa a la muralla
o rindiesen el cuello a la cadena,
para venir de Atocha al templo santo,
que de himnos victoriosos siempre suena,

y do ven las naciones con espanto
banderas y estandartes y tambores,
con nuestro gozo y con ajeno llanto.

Pero días más gratos y mejores
iba trayendo el tiempo a los mortales,
enfrenando de Marte los rigores;

y Carlos, lastimado de los males
que el mundo en tantos años padecía,
le quiso repartir bienes iguales.

Y así como Neptuno volvió el día
quietud, y sol al triste mar, turbado
por iras de la diosa que quería
anonadar la gente, a quien el hado
prometía el imperio de la tierra,
así también al mundo encarnizado
en una larga y horrorosa guerra,
Carlos dio paz, y el mundo gozar pudo
los muchos bienes que su nombre encierra.

El soldado, colgando el fuerte escudo
en el nativo hogar, al padre anciano,
con tono extraño y ademán forzado,

contó los lances de la guerra, ufano
de que su simple voz oída sea
por cariñosa madre, tierno hermano,

zagales toscos de la misma aldea,
y la zagala joven y gallarda
con quien unir su corazón desea

y a quien el día deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
sale segunda vez; no se acobarda

el marinero ya con la fiereza
del mar, ni el labrador ya se detiene
en romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez previene
a quien la trate aplausos y consuelo;
a los mortales la quietud ya viene,

y la voz de los pueblos llega al cielo
con júbilos, con gozo y alegría;
el cielo esparce su bondad al suelo.

Y yo sintiendo el deseado día,
viendo en él mi esperanza fenecida,
pues la guerra tu gracia me ofrecía,

vine a la corte, donde nueva vida,
nuevas lides ofrece y nueva pena
con colores de gustos bien fingida.

Allí arrastré la rígida cadena,
tan dura que aun después de rescatado
en mis oídos su ruido suena.

Sí, fortuna, yo vi (¡cuán espantado
hasta ver que lo mismo siempre ha sido!),
vi lo que nunca hubiera yo soñado;

y por tus sacerdotes conducido,
tus ritos vi, tus víctimas y templo,
joven audaz y nada apercebido.

Me guio de otros muchos el ejemplo,
cuya vida juzgaba yo colmada,
y ahora esclavitud triste contemplo.
Ya con rodilla ante el altar doblada,
movió mi débil mano el incensario
por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo y del contrario
mil veces vi con arte equivocarse,
la del cobarde y la del temerario.

En fin, vi con dolor adulterarse
virtud, honor, bondad, y con pasiones
del más horrible género mezclarse.

Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones
tirana me pusiste, deseando
llevarme más allá! ¡Cuántas me pones
con rostro afable y con acento blando
aun después del desprecio con que veo
al que vas abatiendo o ensalzando!

Lo sabes, y que yo solo deseo
huir de ti, porque jamás consigas
de mi pecho formar nuevo trofeo,
por más que me acaricies o persigas.

Al pintor que me ha de retratar

Anacreónica
discípulo de Apeles,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro,
no me pongas ceñudo
con iracundos ojos,
y en la diestra el estoque
de Toledo famoso,
y en la siniestra el freno
de algún bélico monstruo,
ardiente como el rayo,
ligero como el soplo;
ni en el pecho la insignia
que en los siglos gloriosos
alentaba a los nuestros,
aterraba a los moros;
ni cubras este cuerpo
con militar adorno,
metal de nuestras Indias,
color azul y rojo;

ni tampoco me pongas,
con vanidad de docto,
entre libros y planos,
entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
para los nobles locos
que honores solicitan
en los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
a vivir con reposo
de nuestra frágil vida
estos instantes cortos,
la quietud de mi pecho
representa en mi rostro,
la alegría en la frente,
en mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
con tomillo oloroso,
con amoroso mirto,
con pámpano beodo;
el cabello esparcido,
cubriéndome los hombros,
y descubierta al aire
el pecho bondadoso;

en esta diestra un vaso
muy grande y lleno todo
de jerezano néctar
o de manchego mosto;
en la siniestra un tirso,
que es bacanal adorno,
y en postura de baile
el cuerpo chico y gordo;
o bien junto a mi Filis,
con semblante amoroso,
y en cadenas floridas
prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
de este sencillo modo
y no de otra manera,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro.

“ Adiós, Filis, adiós. No más amores,
no más requiebros, gustos y dulzuras;
no más decirte halagos, darte flores;
no más mezclar los celos con ternuras;
no más cantar por monte, selva y prado
tu dulce nombre al eco enamorado...

| Colección
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA